

Mis queridos jovenes

Me vais a permitir unas breves palabras para expresaros el sentido de esta ceremonia o mejor diriamos el imperativo de este momento o de esta solemnidad que celebramos.

Habeis solicitado las insignias de A.C. y acaba de ofreceroslas la Iglesia por mediación de su representante el Sr. Párroco. Por la concesión e imposición de esas insignias os constituye la Iglesia en Apóstoles oficiales. En este momento la Iglesia os constituye a los ojos de todo el pueblo en apóstoles suyos. Y qué quiere decir esto?

El apóstol es el mensajero del Evangelio, el apóstol es el portavoz de la doctrina de la Iglesia, el predicador viviente de la doctrina de Cristo. Ya conviene que recapaciteis un poco lo que significa ser apóstol en nuestro mundo. Alguien se ha atrevido a afirmar ~~xx~~ que en nuestro mundo hay condescendencias para todos menos para dos grupos de hombres: para los predicadores de la verdad y para los revolucionarios que arrojando bombas intempestivas e inoportunas perturban las digestiones placenteras de los burgueses. Os podeis figurar lo que os aguarda si considerais que el predicador de la verdad del Evangelio, el Apóstol de Cristo tiene que ser la vez mensajero de la verdad y reformador de la vida cuando es preciso que se modifiquen tan profundamente las condiciones de esta para que las verdades y principios evangelicos tengan proyección y realización en el mundo como Cristo quiere. Ya sabeis que al llevar esa insignia os constituís en blanco de las iras de ese mundo enemigo de Cristo. Ya sabeis que no recibiréis parabienes antes bien chanzas, burlas, ironías por vuestra condición de militantes de A.C. si no es otra cosa peor.

Esa y no otra puede ser vuestra perspectiva. Y qué os voy a decir ante esa perspectiva?

Sencillamente que os atráncheris en vuestras conciencias. Y nada más y nada menos que eso: que os atránchereis solidamente, firmemente en vuestras conciencias. No esperis que nadie os defienda, no pretendais escuchar más voces de aliento y aprobación que las voces de vuestra conciencia. Esta es la única que os puede amparar. Pero no es despreciable la garantía que os puede ofrecer: porque habeis de saber que bajo el signo o tras el estandarte de la cruz se puede morir, pero no ser derrotado ya que Cristo ofreció a su Iglesia garantías de supervivencia y de triunfo definitivo al igual que os ofrece a vosotros sus seguidores.

Si mirando atras no tenemos otra cosa que los recuerdos del pasado y mirando adelante encontramos esa esperanza, no tengamos miedo para encararnos con el presente, donde están nuestros deberes. El pasado pasó y no nos pertenece, el porvenir depende del presente y en el presente nosotros hombres de temple hemos de dominar las circunstancias para dar el curso que necesitan a las cosas, para salvar el destino de las almas. Nuestras vidas no tienen un cauce fijo y fatal como las aguas que lleva el rio o la orbita que tienen los astros, no, nuestras vidas serán lo que nosotros queramos. No son las circunstancias las que se imponen sino debemos ser nosotros los que nos impongamos a las circunstancias, y dominarlas.

Así, pues, amadisimos jovenes, lancemonos a la palestra sin vacilación y sin miedo con el animo resuelto a ganar el mundo para Cristo.